



Saul Friedländer

**El Tercer Reich y los judíos
(1933-1939)**

Los años de la persecución

Galaxia Gutenberg

Saul Friedländer

El Tercer Reich y los judíos

Los años de la persecución (1933-1939)

Traducción de
Ana Herrera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Nazi Germany and the Jews:*
Volumen I: The Years of Persecution, 1933-1939
Traducción del inglés: Ana Herrera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: noviembre 2015

© Saul Friedländer, 1997
© de la traducción: Ana Herrera, 2009
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal:
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-53-5 (Volumen I)
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-57-3 (Obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Omer, Elam y Tom

No me gustaría ser judío en Alemania.

HERMANN GÖRING,
12 de noviembre de 1938

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Introducción	15

PRIMERA PARTE

Un principio y un final

1. En el Tercer Reich	25
2. Élités consentidoras, élites amenazadas	67
3. Antisemitismo redentor	109
4. El nuevo gueto	163
5. El espíritu de las leyes	205

SEGUNDA PARTE

La incitación

6. Cruzada y fichero	245
7. París, Varsovia, Berlín... y Viena	291
8. ¿Un modelo austríaco?	331
9. La acometida	369
10. Un resto roto	417
Notas	453
Bibliografía	547
Índice de nombres y temático	587

Agradecimientos

Para escribir este libro he recibido ayudas de muy diversos tipos. La familia Maxwell Cummings de Montreal y el Club 1939 de Los Ángeles dotaron distintas cátedras, en la Universidad de Tel Aviv y en UCLA, que han facilitado la consecución de mi proyecto. Unas breves estancias en el Instituto de Investigación de Humanidades de la Universidad de California en Irvine (1992) y en el Centro Getty para la Historia del Arte y las Humanidades en Los Ángeles (1996) me han proporcionado el privilegio más inestimable de todos: tiempo libre. A lo largo de los años me he visto enormemente beneficiado por los vastos recursos y la generosa ayuda que me han ofrecido la Biblioteca Wiener de la Universidad de Tel Aviv, la Biblioteca de Investigación Universitaria de UCLA, los Archivos del Instituto Leo Baeck, en Nueva York, y la biblioteca y los archivos del Institut für Zeitgeschichte de Múnich.

Amigos y colegas han tenido la amabilidad de leer partes o la totalidad del manuscrito, y algunos lo han ido siguiendo a través de sus diversas fases. De todos ellos he recibido muy buenos consejos. En UCLA deseo dar las gracias a Joyce Appleby, Carlo Ginzburg y Hans Rogger. En la Universidad de Tel Aviv a mis amigos, colegas y coeditores de *History & Memory*, sobre todo a Gulie Ne'eman Arad, por sus excelentes opiniones y constante ayuda en este proyecto, así como a Dan Diner y a Philippa Shimrat. También deseo expresar mi gratitud a Omer Bartov (Rutgers), Philippe Burrin (Ginebra), Sidra y Yaron Ezrahi (Jerusalén) y Norbert Frei (Múnich). Además, tengo una enorme deuda con mis ayudantes de investigación: Orna Kenan, Christopher Kenway y Gavriel Rosenfeld. Ni que decir tiene que en este caso se aplica la fórmula habitual: cualquier error que pueda haber en el libro es mío.

El difunto Amos Funkenstein, desgraciadamente, no pudo leer el manuscrito completo, pero compartí con él casi hasta el final muchos de mis pensamientos y mis dudas, y me infundió ánimos en numerosas ocasiones. Es muchísimo más que una habitual deuda de gratitud lo que contraí con mi amigo más íntimo, a quien cada día echo tanto de menos que no tengo palabras para expresarlo.

Tanto Aaron Asher como Susan H. Llewellyn contribuyeron a la corrección de este libro, que es el primero que escribí completamente en inglés. Aaron, amigo mío y antiguo editor, aportó su agudeza intelectual y su competencia lingüística a un manuscrito que estaba repleto de galicismos; Sue aplicó su propia sensibilidad estilística a una profunda comprensión del texto. Mi editor en HarperCollins, Hugh van Dusen, ha demostrado ser un guía enormemente experimentado y atento, y sus sabios ojos siguieron cada paso de este proceso. La ayudante de edición, Katherine Ekrem, demostró una eficiencia impresionante, siempre de la forma más amable. Y Georges y Anne Borchardt, mis representantes desde el primer libro que publiqué en Estados Unidos, *Pío XII y el Tercer Reich* (1964), se han convertido ya en amigos míos.

Desde hace treinta y siete años, Hagith me brinda el calor y el apoyo, tan vitales en todo lo que hago. Ese apoyo nunca ha sido más decisivo que durante el largo tiempo pasado en la preparación de esta obra. Años atrás dediqué un libro a nuestros hijos: Eli, David y Michal; éste lo dedico a nuestros nietos.

Introducción

La mayoría de los historiadores de mi generación, nacidos justo antes de la época nazi, reconocen de forma explícita o implícita que ahondar en los acontecimientos de esos años supone no sólo exhumar e interpretar un pasado colectivo como cualquier otro, sino también recuperar y enfrentarnos a elementos decisivos de nuestras vidas. Ese reconocimiento no genera acuerdo entre nosotros a la hora de definir el régimen nacionalsocialista, interpretar su dinámica interna, reflejar su criminalidad suprema y su pareja y absoluta normalidad, o, en el fondo, saber dónde y cómo encajarlo dentro de un contexto histórico más amplio¹. Sin embargo, y a pesar de nuestras controversias, creo que muchos de nosotros compartimos un sentido de implicación personal en la representación de ese pasado que confiere a nuestras investigaciones una urgencia particular.

Como para la mayoría de la humanidad, para la siguiente generación de historiadores –y también para la que viene después– el Reich de Hitler, la Segunda Guerra Mundial y el destino de los judíos en Europa no representan una memoria compartida. Sin embargo, y paradójicamente, la importancia que esos acontecimientos poseen en la conciencia histórica del presente parece mucho mayor que hace unas décadas. Los debates actuales tienden a desarrollarse con una amargura tenaz, y se siguen cuestionando los hechos y negando las pruebas al tiempo que las interpretaciones y los empeños conmemorativos se enfrentan unos con otros y que las afirmaciones acerca de la responsabilidad histórica salen a la palestra, periódicamente y de forma pública. Podría ser que, en nuestro siglo de genocidios y crímenes en masa, muchos perciban el exterminio de los judíos de Europa, más allá de su contexto

histórico específico, como la escala suprema del mal a partir de la cual se miden todas las demás maldades. Si en otros debates el papel del historiador es fundamental, para mi generación, ser partícipe a la vez del recuerdo y de las percepciones presentes de ese pasado puede crear una disonancia intranquilizadora que, sin embargo, permite también comprender algunos factores que de otro modo resultarían inaccesibles.

Establecer un relato histórico del Holocausto en el que las políticas de los perpetradores, las actitudes de la sociedad y el mundo de las víctimas hallen un mismo marco común sigue siendo un imponente desafío. Algunas de las traslaciones históricas más conocidas de estos hechos se han concentrado sobre todo en la maquinaria de persecución y muerte nazi, prestando escasa atención a la sociedad en su conjunto, a la escena más amplia, tanto europea como mundial, o al destino cambiante de las propias víctimas; otros historiadores, con menor frecuencia, se han concentrado en la historia de las víctimas y han ofrecido un análisis limitado de las políticas nazis y de la escena circundante². El presente estudio intentará configurar un relato del que las políticas nazis serán desde luego el elemento central, pero en el que el mundo que las rodeaba y la actitud de las víctimas, sus reacciones, su destino, formarán también parte integrante de la historia que se irá desarrollando.

En muchas obras, la suposición implícita de la indefensión y la pasividad generalizadas de las víctimas, o su incapacidad para cambiar el curso de los acontecimientos que condujeron a su exterminio, ha convertido a éstas en un elemento estático y abstracto del trasfondo histórico. Demasiado a menudo nos olvidamos de que las actitudes y las políticas nazis no se pueden evaluar plenamente sin el conocimiento de las vidas y los auténticos sentimientos de los propios hombres, mujeres y niños judíos. Por tanto, en cada etapa de la descripción de la evolución de las políticas nazis y las actitudes de las sociedades alemana y europea, y en su incidencia sobre la evolución de esas políticas, se dará mayor importancia al destino, las actitudes y en ocasiones incluso a las iniciativas de las víctimas. En realidad, oír sus voces es esencial si queremos comprender ese pasado³. Porque son éstas las que nos revelan lo

que se sabía y lo que se «podía» saber; los suyos son los únicos testimonios que transmiten tanto la claridad de conocimiento como la ceguera total de unos seres humanos enfrentados a una realidad horripilante y completamente nueva. La constante presencia de las víctimas en este libro, históricamente esencial en sí misma, está también destinada a ofrecer una perspectiva total de los actos de los nazis.

Los factores que moldearon el contexto histórico global en que tuvo lugar el asesinato masivo perpetrado por los nazis resultan fáciles de reconocer. Éstos determinaron los métodos y objetivos de la Solución Final, y contribuyeron asimismo al clima general de la época, que facilitaba el camino al exterminio. Baste aquí con mencionar la radicalización ideológica, con un nacionalismo ferviente y un virulento antimarxismo —posteriormente antibolchevismo— como ejes principales, que emergieron a la superficie durante las últimas décadas del siglo XIX y alcanzaron su clímax después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa; la nueva dimensión de la manzana industrial masiva introducida por esa guerra; el creciente control tecnológico y burocrático ejercido por las sociedades modernas; y otras características principales de la propia modernidad, que eran un aspecto dominante del nazismo⁴. Pero por esenciales que fueran todas esas condiciones para preparar el terreno al Holocausto —y como tales, parte fundamental de esta historia—, no constituyen, sin embargo, los únicos elementos que moldearon el curso de los acontecimientos y llevaron de la persecución al exterminio.

Con respecto a ese proceso, ya he señalado el papel personal de Hitler y de su ideología en la génesis y puesta en práctica de las medidas antijudías del régimen nazi. Esto no debe contemplarse en forma alguna como un retorno a interpretaciones reductivas más tempranas, que se limitaban a enfatizar el papel y la responsabilidad del líder supremo, pero sí como una enmienda ante las interpretaciones contrarias, que con el tiempo, en mi opinión, han acabado yendo demasiado lejos. El nazismo no se vio esencialmente impulsado por un conflicto caótico entre feudos burocráticos o de partido, ni tampoco

se dejó la planificación de sus políticas antijudías a los cálculos de coste y beneficio de los tecnócratas⁵. En las decisiones más importantes, el régimen dependía de Hitler. Especialmente con relación a los judíos, el dictador se hallaba dominado por obsesiones ideológicas que no eran más que las calculadas estratagemas de un demagogo que llevó un tipo de antisemitismo de base racial hasta sus límites más extremos y radicales. A ese aspecto específico de su visión del mundo lo denominó «antisemitismo redentor». Éste, aunque derivara de ellas, se diferenciaba de otras corrientes de odio antijudío comunes en la Europa cristiana, y también de las tradicionales corrientes de antisemitismo germano y europeo. Fue su dimensión redentora, esa combinación de furia asesina y de un objetivo «idealista» que el líder nazi compartía con el núcleo duro del partido, lo que condujo a la decisión final de Hitler de exterminar a los judíos⁶.

Pero las políticas hitlerianas no estaban únicamente moldeadas por la ideología; la interpretación que presento aquí traza la interacción entre el Führer y el sistema dentro del cual actuaba. El líder nazi no tomaba sus decisiones independientemente de las organizaciones del partido y del Estado. Sus iniciativas, sobre todo durante la fase más temprana del régimen, no se vieron únicamente determinadas por su visión del mundo, sino también por el impacto de presiones internas, el peso de restricciones burocráticas, en ocasiones por la influencia de la opinión pública alemana, e incluso por las reacciones de otros gobiernos y la opinión extranjera⁷.

¿Hasta qué punto el partido y el pueblo compartían la obsesión ideológica de Hitler? El antisemitismo redentor era moneda corriente entre la élite del partido. Recientes estudios han demostrado también que un antisemitismo tan extremo no era inusual en los agentes que se convertirían en pieza fundamental de la aplicación de las políticas antijudías, como el Servicio de Seguridad de las SS (Sicherheitsdienst o SD)⁸ de Reinhard Heydrich. En cuanto a los denominados radicales del partido, a menudo se veían motivados por el resentimiento social y económico, que encontraba su expresión en las ini-

ciativas antijudías extremas. En otras palabras: dentro del partido y, como veremos, en ocasiones incluso fuera había centros de antisemitismo a ultranza, lo bastante poderosos para transmitir y propagar el impacto de la propia inclinación de Hitler. Sin embargo, dentro de las élites tradicionales y entre capas más amplias de la población, las actitudes antijudías se manifestaban más bien como tácita aquiescencia o bajo diversos grados de conformidad.

A pesar de que, desde mucho antes de la guerra, la mayor parte de la población alemana era plenamente consciente de las medidas cada vez más duras que se estaban tomando contra los judíos, no hubo sino pequeños focos de disensión, y casi en su totalidad por motivos económicos y específicamente religiosos e ideológicos. Parece, sin embargo, que la mayor parte de los alemanes, aunque estaban indudablemente influidos por diversas formas de antisemitismo tradicional y aceptaron sin mayores problemas la segregación de los judíos, rehuían la violencia generalizada contra ellos, y no exigían ni su expulsión del Reich ni su aniquilación física. Después del ataque a la Unión Soviética, cuando se decidió el exterminio total, los centenares de miles de «alemanes corrientes» –para distinguirlos de las unidades de las SS altamente motivadas, entre otros– que participaron activamente en la matanza no actuaban de forma diferente a los también numerosos y «corrientes» austríacos, rumanos, ucranianos, bálticos y otros europeos que se convirtieron en operarios bien dispuestos de la maquinaria del crimen que funcionaba entre ellos. Sin embargo, fuera de forma consciente o no, los asesinos alemanes y austríacos habían sido adoctrinados por la implacable propaganda antijudía del régimen, que penetró hasta el último resquicio de la sociedad y cuyos lemas, al menos parcialmente, todos interiorizaron, en especial en el contexto de la guerra en el Este⁹.

Al subrayar que Hitler y su ideología tuvieron un impacto decisivo en el curso del régimen no quiero insinuar de ningún modo que Auschwitz fue un resultado predestinado por la ascensión al poder de Hitler. Las políticas antijudías de los años treinta deben comprenderse en su contexto, y ni siquiera la rabia asesina del Führer y su escrutinio del horizonte político

en busca de las opciones más extremas sugieren la existencia de un plan para el exterminio total en los años anteriores a la invasión alemana de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, sin embargo, ningún historiador debe olvidar el final del camino. Por tanto, aquí siempre pondré énfasis en los elementos que sabemos retrospectivamente que jugaron un papel en el recorrido hacia el funesto resultado. La historia de la Alemania nazi no debería escribirse sólo desde la perspectiva de los años de guerra y sus atrocidades, pero la pesada sombra que arroja lo ocurrido durante ese tiempo oscurece de tal modo los años anteriores al conflicto que ningún historiador puede fingir que los acontecimientos posteriores no influyen a la hora de sopesar las pruebas y hacer la evaluación del rumbo general de esa historia¹⁰. Los crímenes cometidos por el régimen nazi no fueron un simple resultado de una avalancha azarosa, involuntaria, imperceptible y caótica de acontecimientos no relacionados entre sí, ni tampoco la representación predeterminada de un guión demoníaco. Fueron el resultado de factores convergentes, de la interacción entre intenciones y contingencias, entre causas discernibles y azar. Los objetivos ideológicos generales y las decisiones propias de la táctica política se iban reforzando unos a otros, y siempre se mantenían abiertos, a medida que las circunstancias iban cambiando, a movimientos más radicales.

A un nivel más elemental, en este relato en dos volúmenes la narración sigue la secuencia cronológica de los acontecimientos: su evolución anterior al conflicto en este volumen, su monstruosa culminación en tiempos de guerra en el siguiente. El marco temporal conjunto subraya las continuidades e indica el contexto de los cambios más importantes. También hace posible que la narración se mueva dentro de un lapso cronológico estable. Tales movimientos resultan de los cambios de perspectiva que mi enfoque exige, pero son igualmente producto de otra elección: yuxtaponer niveles de realidad enteramente distintos –por ejemplo, los debates y decisiones de política antijudía a alto nivel con escenas de persecución casi rutinarias–, con el objetivo de crear una sensación de dis-

tanciamiento que contrarreste nuestra tendencia a «domesticar» ese pasado en particular y amortiguar su impacto mediante explicaciones planas e interpretaciones manidas. Esa sensación de extrañeza me parece que refleja la percepción por parte de las desventuradas víctimas del régimen, al menos durante los años treinta, de una realidad tan absurda como ominosa, de un mundo grotesco y espeluznante bajo la capa de una normalidad más espeluznante aún.

Desde el momento en que las víctimas se veían sumidas en el proceso que conducía a la Solución Final, su vida colectiva –después de un breve período de realzada cohesión– empezaba a desintegrarse. Pronto su historia colectiva se mezclaba con la descripción de las medidas administrativas y ejecutoras de su exterminio y con su abstracta expresión estadística. La única historia concreta que se puede recuperar es la que llevan en sí las historias personales. Desde la fase de la desintegración colectiva hasta la de deportación y muerte, esa historia, para que pueda ser escrita, debe ser representada como narración integrada de destinos individuales.

Aunque menciono a mi generación de historiadores y la comprensión que podemos adquirir debido a nuestra posición particular en el tiempo, no puedo ignorar el argumento de que la implicación emocional en estos acontecimientos descarta una aproximación racional al hecho de escribir sobre la historia. Se ha opuesto la «memoria mítica» de las víctimas a la comprensión «racional» de otros. Ciertamente, no deseo reabrir antiguos debates, sino sólo sugerir que los historiadores alemanes y judíos, y no sólo éstos, no pueden evitar una cierta «transferencia» frente a su pasado¹¹. Tal implicación forzosamente afecta a la escritura de la historia. Pero el relativo distanciamiento necesario para el historiador no puede descartarse por completo, siempre que exista la suficiente conciencia de ello. Puede ser bastante difícil mantener el equilibrio en la otra dirección. Si bien una mirada autocrítica constante podría atenuar los efectos de la subjetividad, alberga igualmente otros riesgos no menores: la contención indebida y una precaución paralizante.

Las persecuciones y el exterminio nazis fueron perpetrados por personas normales que vivían y actuaban dentro de una sociedad moderna no muy distinta a la nuestra, una sociedad que los había creado a ellos así como a los métodos e instrumentos para llevar a cabo sus acciones. Los objetivos de estos actos, sin embargo, estaban formulados por un régimen, una ideología y una cultura política que no eran normales, en absoluto. Es la relación entre lo poco común y lo corriente, la fusión de la posibilidad criminal compartida ampliamente por un mundo que también es el nuestro, y el peculiar frenesí de la apocalíptica ofensiva nazi contra el enemigo mortal, el judío, lo que da significado universal y especificidad histórica a la «solución final de la cuestión judía».